

Coordina:
Eduardo G. RICO

De Julio Denis a Julio Cortázar

Se marchó el

EDUARDO G. RICO

Ayer, por razones de espacio y de urgencia de cierre, el último párrafo de la semblanza de Julio Cortázar fue suprimido. Como era esencial, lo repito con otras palabras: El compromiso literario del escritor estaba claro; una revolución literaria dentro de la revolución, términos que recuerdan un viejo título de su amigo Regis Debray. Pero quedaba el compromiso cívico, traducido en una actitud política rotunda: Perteneció al Tribunal Russell contra los crímenes de guerra —era la época del Vietnam—, desde el exilio estuvo en el combate contra Videla y sus sucesores en la Argentina, y desde el primer día se identificó con las revoluciones cubana y sandinista. Yo lo conocí en Cuba, en enero de 1968, trabajando activamente en el Congreso Cultural de La Habana, al que asistían más de mil intelectuales de todo el mundo, todos ellos situados en el amplio marco de la izquierda.

Algo importante significaba la convocatoria para que se reunieran en el mismo escenario de un pequeño país situado a millares de kilómetros Herbert Read y Michel Leiris, Christiane de Rochefort y Alfaro Silveira, Hertzog, Roberto Matta y Aimé Césaire... y más: Todo el grupo surrealista francés, una ancha representación de los «liberales» norteamericanos, marxistas independientes como el inglés Milliband, Bardem y Anne Philipe, Javier Pradera y Semprum... Y allí estaba Julio Cortázar, con toda la «intelligentzia» latinoamericana.

¿Por qué recordar este acontecimiento? Por un motivo muy concreto: El llamado «boom» de la narrativa latinoamericana tuvo como principal razón de ser la revolución cubana. El estallido de las «salidas» de Vargas Llosa —que también estaba allí—, Cortázar y García Márquez, por citar a los más destacados, encontraron en el hecho cubano su catalizador. Uno lo dijo hace muchos años desde su modesta posición; pero también lo afirmó así, o aún más tajantemente, el año pasado, en España, el mejicano Juan Rulfo.

Hoy, por causas dolorosas, es Cortázar el que centra la atención del mundo. Es algo más que un tópico escribir que su muerte en París significa la pérdida del miembro de más talento y de cultura más universal de cuantos hicieron posible la «explosión». También del «comprometido» con mayor rigor en la lucha por las libertades en Latinoamérica y en todo el tercer mundo.

Al hablar de Cortázar, «Rayuela» aparece necesariamente. Se la ha comparado al «Ulises» de Joyce por su revolucionario experimentalismo. Pero alcanzaron mayor penetración sus cuentos. De «magistrales» los ha calificado Graciela de Sola en un profundo estudio sobre la obra cortazariana. Magistrales son, asimismo, para Borges, maestro, a la vez, de Cortázar. Pero éste no fue un imitador de temas o preocupaciones borgiana; aprendió su libertad de composición y la aplicó a su trabajo. Poe fue otro de sus maestros, cuya obra analizó, tradujo y prologó.

Se olvida muchas veces que Cortázar empezó su carrera literaria como poeta, y la poesía atraviesa el



Una foto original. Julio Cortázar con su primera esposa, Aurora Bernárdez, que lo asistió en sus últimos momentos

esquema de todos sus cuentos, dotados de una fuerza lírica singular. Por buscar un modelo cualquiera, recordemos «El otro cielo», verdadero prodigio de

'perseguidor'

la medida de su inspiración técnica y de lenguaje. Sirviéndose de la superposición de distintos tiempos y espacios, juega con la evocación de los paisajes urbanos de su vida, no sin nostalgia, pero con exigente contención: «Algo estaba amenazando en mí el mundo de las galerías y los pasajes, o, todavía peor, que mi felicidad en ese mundo había sido un preludio engañoso, una trampa de flores.» Un cuento en el que están presentes el terror, el misterio; se salta de Buenos Aires a París y de París a Buenos Aires; se alternan distintos tiempos. «Los pasajes y las galerías han sido mi patria secreta desde siempre.»

Cerca de cincuenta años de trabajo literario nos dan

y fecundidad. Su primer libro, «Presencia», apareció en Buenos Aires en 1938. Estrechamente ligado al pueblo argentino, desempeñó, tras sus estudios, la función de maestro rural. Por aquellas fechas firmaba Julio Denis.

Su creación, digamos, mitológica, «Historias de cronopios y de famas», significa la utilización de elementos irracionales sobre la base de una concepción existencial.

Frívolamente se le ha visto —con sospechosa intención, además— como un escritor íntimamente ligado a la cultura francesa; como un autor francés, en suma. Ciertamente, no puede negarse su parentesco con los últimos surrealistas; también con la narrativa existencialista. Su primera mujer, Aurora Bernárdez, fue la traductora de Sartre al castellano. La verdad es que se mantuvo estrechamente vinculado a su tierra —su madre vivió siempre en la Argentina—, y un poema suyo, «La patria», revela hasta qué punto sentía por ella un doloroso amor desde la lejanía. Es cierto asimismo que la visitó con frecuencia mientras pudo, es decir, hasta que dieron el golpe los militares. De exiliado voluntario se convirtió en desterrado forzoso.

Fue un escritor que perseguía la totalidad, como el personaje «central» de «El perseguidor», con su lema «vivo perdido entre mil amores», de Dylan Thomas. Aspiraba a lograr una conciencia totalizadora capaz de abarcar la realidad entera y darle el papel una imagen sintética. Tal era su voluntad y así hay que entender sus innumerables incursiones por el vasto territorio de la palabra, orientándose en todas las direcciones imaginables.

Autobiografía del Cortázar joven

En una carta fechada en París el 4 de noviembre de 1963, dirigida a una mujer, Graciela de Sola, especializada en su literatura, Julio Cortázar se autobiografió así:

«Nací en Bruselas en agosto de 1914. Signo astrológico, Virgo; por consiguiente, asténico, tendencias intelectuales, mi planeta es Mercurio y mi color el gris (aunque en realidad me gusta el verde). Mi nacimiento fue un producto del turismo y la diplomacia; a mi padre lo incorporaron a una misión comercial cerca de la legación argentina en Bélgica, y como acababa de casarse se llevó a mi madre a Bruselas. Me tocó nacer en los días de la ocupación de Bruselas por los alemanes, a comienzos de la primera guerra mundial. Tenía casi cuatro años cuando mi familia pudo volver a la Argentina; hablaba sobre todo francés, y de él me quedó la manera de pronunciar la «r», que nunca pude quitarme. Crecí en Bánfield, pueblo suburbano de Buenos Aires, en una casa con un gran jardín lleno de gatos, perros tortugas y cotorras: el paraíso. Pero en ese paraíso yo era ya Adán, en el sentido de que no guardo un recuerdo feliz de mi infancia; demasiadas servidumbres, una

sensibilidad excesiva, una tristeza frecuente, asma, brazos rotos, primeros amores desesperados. («Los venenos» es muy autobiográfico.) Estudios secundarios en Buenos Aires: maestro normal en 1932. Profesor normal en letras en 1935. Primeros empleos, cátedras en pueblos y ciudades de campo, paso por Mendoza en 1944-45, después de siete años de enseñar en escuelas secundarias. Renuncia a través del fracaso del movimiento antiperonista, en el que anduve metido, vuelta a Buenos Aires. Ya llevaba diez años escribiendo, pero no publicaba nada o casi nada (el tomito de sonetos, quizá un cuento). De 1946 a 1951, vida porteña, solitaria e independiente; convencido de ser un solterón irreductible, amigo de muy poca gente, melómano lector a jornada completa, enamorado del cine, burguesito ciego a todo lo que pasaba más allá de la esfera de lo estético. Traductor público nacional. Gran oficio para una vida como la mía en ese entonces, ególatamente solitaria e independiente.»

LA PATRIA

Esta tierra sobre los ojos
este paño pegajoso, negro de estrellas imposables,
esta noche continua, esta distancia.

Te quiero, país tirado más abajo del mar, pez panza arriba
pobre sombra de país, lleno de vientos,
de monumentos y espamentos,
de orgullo sin objeto, sujeto para asaltos,
escupido curdela inofensivo puteando y sacudiendo banderitas,
repartiendo escarapelas en la lluvia, salpicando
de babas y estupor canchas de fútbol y ringsides.

Pobres negros.

Te estás quemando a fuego lento, y dónde el fuego,
dónde el que come los asados y te tira los huesos.
Malandras, cajetillas, señores y cafishos,
diputados, tilingas de apellido compuesto,
gordas tejiendo en los zaguanes, maestras normales, curas,
[escribanos,
centroforwards, livianos, Fangio solo, tenientes primeros,
coroneles, generales, marinos, sanidad, carnavales, obispos,
bagualas, chamamés, malambos, mambos, tangos,
secretarías, subsecretarías, jefes, contrajefes, trucos,

contraflor al resto. Y qué carajo,
si la casita era su sueño, si lo mataron en pelea,
si usted lo ve, lo prueba y se lo lleva.

Liquidación forzosa, se remata hasta lo último.

Te quiero, país tirado a la vereda, caja de fósforos vacía,
te quiero, tacho de basura que se llevan sobre una cureña
envuelto en la bandera que nos legó Belgrano,
mientras las viejas lloran en el velorio, y anda el mate
con su verde consuelo, lotería del pobre,
y en cada piso hay alguien que nació haciendo discursos
para algún otro que nació para escucharlos y pelarse las manos.
Pobres negros que juntan las ganas de ser blancos,
pobres negros que viven un carnaval de negros,
qué quiniela, hermanito, en Boedo, en la Boca,
en Palermo, en Barracas, en los puentes, afuera,
en los ranchos que parañá la mugre de la pampa,
en las casas blanqueadas del silencio del norte,
en las chapas de zinc donde el frío se frota,
en la plaza de Mayo donde ronda la muerte trajeadada de Mentira.
Te quiero, país desnudo que sueña con un smoking,
vicecampeón del mundo en cualquier cosa, en lo que salga,
tercera posición, energía nuclear, justicialismo, vacas,

tango, coraje, puños, viveza y elegancia.

Tan triste en lo más hondo del grito, tan golpeado
en lo mejor de la garufa, tan garifo a la hora de la autopsia.
Pero te quiero, país de barro, y otros te quieren, y algo
saldrá de este sentir. Hoy es distancia, fuga,
no te metás, que vachaché, dale que va, paciencia.
La tierra entre los dedos, la basura en los ojos,
ser argentino es estar triste,
ser argentino es estar lejos.

Y no decir: mañana,
porque ya basta con ser flojo ahora.

Tapándome la cara
(el poncho te lo dejo, folklorista infeliz).

Me acuerdo de una estrella en pleno campo,
me acuerdo de un amanecer de puna,
de Tilcara de tarde, de Paraná fragante,

de Tupungato arisca, de un vuelo de flamencos
quebrando un horizonte de bañados.

Te quiero, país, pañuelo sucio, con tus calles
cubiertas de carteles peronistas, te quiero,
sin esperanza y sin perdón, sin vuelta y sin derecho,
nada más que de lejos y amargado y de noche.

(Un poema del libro de Cortázar «Razones de la cólera»)

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

No está en las balas

«La encrucijada vasca», de Ricardo García Gamborenea. Argos Vergara.



La colección Primera Plana, que crece sin pausa, acaba de incluir en su serie un nuevo libro, «La encrucijada vasca», del que es autor el diputado Ricardo García Gamborenea, excelente conocedor de los problemas —se diría mejor del problema— que aquejan a Euskadi. Gamborenea es secretario del PSOE en Euskadi, miembro de la ejecutiva del partido allí y miembro también del comité federal. Médico de profesión, ahora está volcado en las tareas políticas. Ha escrito su libro sin ninguna reserva, haciendo una directa y radical exposición de la situación en el País Vasco, viviseccionando la crisis de convivencia, como él la llama. La persistencia del terrorismo etarra —viene a decir— «no está en las balas», sino en la «ideología que lo sustentan». Es ésta, sin duda, la visión más amplia y profunda del problema de Euskadi.

Va de «cuentos»

«Cuentos de La Felguera», editado por la Caja de Ahorros de Asturias.



En la colección Asturificación acaban de aparecer los cuentos premiados, desde su fundación en 1950, en el concurso que anualmente convoca la Sociedad de Festejos Felguerina. Se trata de un certamen literario muy acreditado, que empezó siendo de poesía, afirmándose en seguida en la narración corta. Hay que decir aquí que dos compañeros de PUEBLO lo ganaron: Pilar Narvián y Eduardo G. Rico. El jurado —o, mejor dicho, los sucesivos jurados, pues hubo modificación en su composición— acreditaba, y acredita, el premio, que cuenta con una dotación de doscientas veinticinco mil pesetas y en este momento está abierto el plazo de admisión correspondiente al concurso de este año. Entre los jueces: Carlos Bousoño, Gustavo Bueno, Dámaso Alonso, Francisco García Pavón, Valentín Andrés... Presenta este libro el profesor José María Martínez Cacheiro.

¿Algo más o algo menos?

«Mi verdad y algo más», de Pedro Baret. Ed. Planeta.



Conocida es por los periódicos la peripecia vital de Pedro Baret. Figura del deporte —del fútbol, en el Barcelona— y también de las finanzas, Baret fue acusado de una presunta estafa y detenido en Francia. Los jueces aún no han llegado a la conclusión. Pedro Baret se explica en este libro, que ha escrito en colaboración con dos conocidos autores: Federico Gallo y Juan Felipe Vila-San Juan. Estos son profesionalmente tan conocidos, que omitimos su semblanza, lo mismo que la de Baret, que ha llenado muchas columnas. En el libro salen a relucir escándalos financieros y bancarios, extraños negocios internacionales, la vida interior del club de fútbol a cuya presidencia fue candidato, la experiencia de su estancia en la cárcel, con los conocimientos que entraña sobre la droga, el sexo y otros problemas. Un libro en que se discute mucho y será muy discutido.

Ciencia y filosofía

«El pensamiento científico», de Y Bar-Hillel y otros. Tecnos-Unesco.



Este es un libro colectivo, realizado por iniciativa de la UNESCO y que ahora aparece en España dentro de la colección Cuadernos de Filosofía y Ensayo, que dirige para Tecnos Manuel Garrido. Se trata de una colección de ensayos de Hillel, Bunge, Mostowski, Piaget, Salam, Tondl y Watanabe, en que se abordan los conceptos, avances y métodos de la ciencia en este siglo. Varios de estos especialistas ya son conocidos aquí por el gran público, como Bunge y Piaget. Se advierte que las opiniones expresadas «sólo comprometen a sus autores», y como puede suponerse ninguno de ellos agota el problema planteado. Es interesante, además de los puntos de vista expuestos por estos científicos, la aportación bibliográfica que sirve de guía al lector para completar sus conocimientos en cada materia tratada.

La cultura de la resistencia

«Pensamiento español en la era de Franco», de Elías Díaz. Editorial Tecnos.



Tras el «páramo intelectual», como se llamó a la situación cultural española en los primeros años de la posguerra, se empezó a gestar un movimiento en el interior del país —en el exilio se proseguía la corriente anterior a la guerra civil—, que aportó a las restantes fuerzas de oposición, políticas y sociales, una notable ayuda, a la vez que reanudaba una tradición que, como hemos dicho, la España trasterrada no había interrumpido. Elías Díaz, que es, como se sabe, catedrático de Filosofía del Derecho de la Universidad Autónoma madrileña, esbozó este tema de la labor intelectual en la España de Franco en un curso que desarrolló en Pittsburgh, y cuyas notas transformó en artículos que aparecieron en la revista «Sistema». Esto sucedió a partir de 1973. Recientemente los revisó y amplió con nuevos datos y el resultado de tal tarea es este interesantísimo libro.

Ensayo novelado

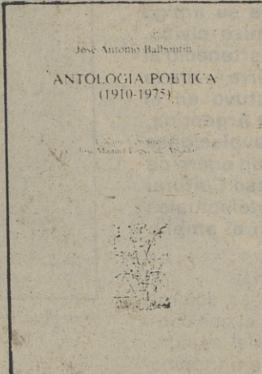
«El navegante del diluvio», de Mario Brelich. Editorial Anagrama.



Curiosa personalidad la de Mario Brelich. Setenta y tres años, vive desde hace treinta y ocho en Roma, aunque ha nacido en Budapest. La vinculación con Italia proviene de la nacionalidad de su padre. Fue, primero, en su país, traductor de novelas —del italiano al húngaro—, y, por otra parte, destacó por su actividad en las artes plásticas. El relato que Anagrama ofrece al lector español tiene su origen en la preocupación del autor por los textos bíblicos, tras una «arriesgada relectura de la Biblia», que se ha convertido en tres novelas. Habría que clasificarlas mejor como «novelas-ensayos». Esta que hoy figura aquí es la primera. Se trata, en realidad, de un «descubrimiento», de una aventura intelectual hacia el hallazgo de nuevos significados. Hay en la narración de Brelich, como cualquiera puede suponer, ironía y hasta sarcasmo, y a la vez momentos trágicos.

Injustamente silenciado

«Antología poética», de José Antonio Balbontín. José Esteban, editor.



José Manuel López de Abiada, el prologuista introductor de esta antología de unos de los excelentes poetas del 27, escribe que Balbontín «ha sido continuamente silenciado por los historiadores de nuestra literatura». Hasta Eugenio de Nora, que tan generoso fue en su libro sobre la novela española contemporánea, olvidó la aportación de Balbontín al género. Tras haber sido durante la guerra magistrado del Tribunal Supremo en la Valencia republicana, conoció la amargura del exilio en los primeros tiempos. En Inglaterra volvió, como él dijo y señala Abiada, «al seno del republicanismo liberal», representando al gobierno republicano que se había constituido en Francia. En esta «Antología» figuran incluso poemas inéditos, entre ellos varios de «A la orilla del Tamesis». Balbontín fue uno de los primeros ejemplos de «escritor comprometido».

Asesino del sueño

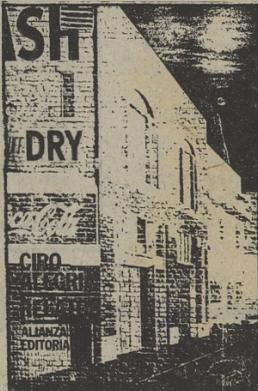
«Macbeth o el asesino del sueño», de León Felipe. Ediciones Júcar.



Encaja perfectamente la edición de esta paráfrasis de la tragedia shakespeareana en el gran homenaje que se está rindiendo a León Felipe y a otros escritores del exilio. Las palabras de León Felipe son explícitas en punto a la justificación de esta «paráfrasis». Dice León Felipe: «Amo a Shakespeare como a Cervantes y lo venero tanto como la guardia permanente de scholars que cuida fervorosamente de sus manuscritos. Pero la evolución tradicional de la poesía universal no ha muerto aún...» Y más adelante se explica: «He aquí que ahora yo, no con un gesto irreverente, sino movido por un criterio español y tradicional me atrevo a poner un huevo castellano en uno de los árboles frondosos del gran poeta inglés... Esta intromisión no es nada nuevo. Le gustaba mucho practicarla a Shakespeare, y a Cervantes, también.» Las palabras del gran exilado son suficientemente elocuentes con respecto a su trabajo.

Ancho y ajeno

«Relatos», de Ciro Alegría. Alianza Editorial.



«El mundo es ancho y ajeno»: Esta es la novela que hizo célebre entre nosotros al escritor peruano Ciro Alegría, tempranamente desaparecido en 1967. Su conocimiento y su prestigio ya eran muy altos bastantes años antes del llamado «boom» latinoamericano, y «Los perros hambrientos» y «La serpiente de oro», al difundirse aquí, consolidaron definitivamente su prestigio. Agitada vida de Ciro Alegría, siempre en el exilio —Chile, Nueva York, Puerto Rico, La Habana—. Una vida de luchador. Ahora podemos conocer sus relatos cortos, que se nos ofrecen clasificados en tres partes: «Relatos andinos», «Relatos urbanos» y «Relatos amazónicos». El talento de Ciro Alegría funde los mitos de su torturada tierra con su combate contra la injusticia, marcando una de las más altas cumbres de la narrativa latinoamericana.

Toque «fin de siglo»

«La melodramática vida de Carlota Leopolda», de Julia Ibarra. Ed. Noega.



Hay un «toque fin de siècle» en Julia Ibarra, viene a escribir M. Baquero Goyanes, que la presenta a través de «La melodramática vida de Carlota Leopolda» y otros relatos. Parece mentira que en nuestra sociedad literaria no se considere la presencia en la narrativa de Julia Ibarra, escritora gallega que cultivó el relato breve con fortuna —como este libro lo revela— y que publicó más de quinientos cuentos. Baquero, al hablar de su arte de narrar, recuerda los casos de Emilia Pardo Bazán y Katherine Mansfield, y piensa que, para encontrar un caso semejante en tan ingente aportación, habría que volverse a nombres como los de Maupassant y Chejov. Claro que, según García Pavón, también autor de cuentos, pensaba en 1960 —lo que para Baquero es válido hoy— que «los grandes editores españoles han despreciado casi sin excepción el género». Posee Julia Ibarra —según Baquero— el sentido del ritmo y del límite, del detalle significativo. Una excelente narradora.

Sin secretos

Locomotora de la poesía

LOS ejemplares del libro premiado en el centenario de Bécquer, que se había concedido a una obra, la primera de Gabriel Celaya, en 1934, cuando todavía se llamaba Rafael Múgica, estaban, cuando estalló la guerra civil, almacenados en la librería de León Sánchez Cuesta. Volaba la aviación franquista sobre Madrid y un mal día —aunque todos eran malos— descargó las bombas sobre la librería de don León. No quedó nada.

Así empezó la carrera poética de Gabriel Celaya, recientemente homenajeado en el curso de una cena que tuvo lugar en el hotel Victoria. Varios centenaes de, digamos, «lectores», se sumaron al acto con su presencia. Lectores de vario signo y oficio diverso. Y hasta de fe contradictoria. Entre otros, en la mesa presidencial, a ambos lados de Gabriel y de Amparo Gastón, su colaboradora y esposa, se sentaron —¿quién podría suponerlo?— Gerardo Iglesias, y a escasa distancia Ignacio Gallego. Y también J. María Bandrés y Laly Vintró. Y el director general, Jaime Salinas. Y Leopoldo de Luis y Joaquín Navarro. Los promotores, modestos ellos, ocuparon una pequeña mesa al margen. José Esteban y Gustavo Domínguez habían trabajado duro, encontrando desigual respuesta. Hubo periódicos que se mantuvieron ajenos al homenaje.

● ¿Y los asistentes?

Asimismo, de todos los colores. Había una mesa con Ana Belén, Víctor Manuel, Juan Diego, Rosa León, Fanny Rubio y Javier Goñi. Luego, en la misma, se sentó Aberasturi. Estaban Jubu Bustamante y Miguel Angel Aguilar; Antonio Buero Vallejo y José Hierro; Julio Diamante y Ricardo Zamorano; el fiscal Jesús Chamorro y Claudio Rodríguez; José Manuel Caballero Bonald y Carmina Labra; Juan García Hortelano y Lauro Olmo; Antonio Hernández y Javier Villán; Jesús García y Medem, el televisivo Meliano Peraile y, sólo un momento por razones de trabajo, Luis Sanz y Lola Salvador... Se me olvidan muchos. De cualquier modo, uno notó ciertas ausencias injustificables. Claro que nos quedan los telegramas, algunos muy razonables, otros cómodos. Muy razonables: Dolores Ibárruri, Enrique Múgica, el ministro Solana, Francisco Rabal, Antonio

Gades y Pepa Flores, Tuñón de Lara, Ibarrola, Chillida, Angel González —transmitió Carmen Labra la adhesión—, Pablo Serrano, Mercedes Ruibal, Eloy Terrón y Juan Antonio Bardem. Hubo un telegrama emocionante: el de la familia de Jorge Guillén.

● Fue animada la sobremesa. Juan Diego recitó poemas y Leopoldo de Luis fue, con Joaquín Navarro, el más elocuente. Dijo De Luis que en la historia de la poesía española, se le valorase como fuera, el nombre de Celaya era insoslayable, porque de buena fe «nadie puede olvidarse de él». Y añadió: «Ha sido una locomotora que ha tirado del tren de la poesía durante treinta años y nunca descarriló.» Afirmó también que «en todo ha resultado un maestro». Siempre en cabeza de fila. «Cincuenta años son muchos, pero fueron más su actividad y su presencia.» Dijo: «Celaya es un gran poeta que ha ido creando cabezas de puente para que luego desembarcasen los demás.» También: «Es una

obra proyectada hacia el futuro, en continua renovación.» Según Leopoldo de Luis le esperan muchos premios y un sillón en la Academia, por muy merecidos motivos. «Estamos en deuda contigo, la poesía española y España», terminó.

Una anciana norteña, venida expresamente a Madrid al enterarse del homenaje, recitó un poema con gran emoción de ella y de los presentes. Joaquín Navarro habló asimismo con gran elocuencia.

● Gabriel Celaya relató la dramática anécdota del bombardeo. Se declaró «poeta abundante» y por abundante «me equivoco muchas veces». Al comprobar que se equivocaba hacía otro libro que borrarse el anterior. Modesta e ingeniosamente dijo que se había dedicado a amontonar libros, y que su gran virtud residía en que «en lugar de conseguir muchos admiradores, conseguí muchos amigos» de todas las ideas, las épocas y los momentos. Simbolizó en Claudio Rodríguez la



amistad de los jóvenes que le rodeaban y su admiración. Dio emotivamente las gracias. Después, durante cerca de una hora recibió felicitaciones y firmó autógrafos.

● A uno, amigo de Celaya, le duelen ciertas ausencias. ¿Cómo no estaba Marcos Ana? La memoria de Blas de Otero la representaba su viuda. Un pluralismo, no sé si bien o mal entendido, abrió la puerta de la intervención a Manrique de Lara. Sin embargo, esa misma puerta permaneció cerrada a otros más afines a la aventura cívica y poética de Celaya. No quiero

reprochárselo a Domínguez y a Esteban. Creo que, en esto, la fuerza de las cosas los desbordó. Asistieron varios centenaes de «lectores». ¿Cómo no estaban otros poetas y novelistas de la generación del cincuenta, de los que no hubo ni un solo telegrama? ● Celaya debe estar contento: el homenaje fue multitudinario y cariñoso. Pero la deuda que tenemos con él, como españoles del progreso y la modernización en la poesía y en la política, aún no está pagada.

EL DISCRETO IMPERTINENTE

Ramón Gaya, en Valencia

«La guerra no es una marca de automóvil»

EL desaparecido Jorge Guillén decía en 1928: «Me pasma la inteligencia extraordinaria de este muchacho, de una madurez y seguridad monstruosas.» Hablaba de Ramón Gaya, el murciano nacido con el siglo que se había dado a conocer a los diez años en una colectiva regional y ocho años más tarde ya exponía en París. Había motivo para el pasmo del poeta. El tiempo lo ha confirmado y la muestra antológica de Ramón Gaya recién abierta en Valencia así lo corroboran. Valencia es una ciudad que ejerce sin duda una atracción singular sobre este pintor. En ella fue acogido durante un corto pero intenso momento de su vida (1936-1937) y allí volvió en 1971 para instalar su estudio. En ella tiene amigos firmes. El más conspicuo, el poeta Juan Gil-Albert, a quien ha retratado/interpretado en varias ocasiones. En la referida muestra se exhiben dos de estos retratos: uno de 1946 y otro de 1972.

En la exposición valenciana de Gaya pueden verse ciento diecisiete obras, en su mayoría del último decenio. Las hay también de sus comienzos, ratificando aquella favorable opinión de Guillén. Por su precocidad y por su relación con algunos de los miembros de la «generación del 27» (Emilio Prados, Manuel Altolaguirre, Luis Cernuda) llegó a considerarse el miembro más joven de ella. En verdad, sólo le emparenta con esa generación el «modo» (sutil, leve, aéreo) con que Gaya trasciende pictóricamente la realidad aparente, similar a las sutilezas y levedades con que la trascendían poéticamente los autores mentados o el Jorge Guillén del primer «Cántico», a quien conoció en Murcia en 1927, cuando Gaya colabora en «Verso y prosa». Lo justo es encuadrarle en la que Nigel Dennis denomina «generación

perdida de 1930», dispersa en la diáspora republicana de 1939 (Gil-Albert, Lorenzo Varela, Antonio Sánchez Barbudo, José Herrera Pètere, Enrique Azcoaga, Arturo Serrano Plaia), minúscula pléyade que sólo parcialmente vamos recuperando.

● Hay en esta muestra algunas obras de las realizadas por el pintor en México, Roma, Florencia o París, en los años 40, 50 y 60. Testimonian su itinerante búsqueda de la belleza (frágil y delicada belleza) en ciudades de las que quedará impregnado. En el vasto conjunto hay óleos, «gouaches», dibujos al pastel o a la tinta, revelándose en todos, pese a las disparidades cronológicas, una unidad invariable, el persistente trazo refinado y sensible que define al artista. Gaya es maestro en captar y expresar la belleza. Entendi-



Autorretrato con geraneos

da, como muy bien apunta Santiago Amón, cual una epifanía. Maestro que concentra su atención en los seres y las cosas rehuyendo cuanto no sea «su propia claridad, integridad y proporción», siguiendo los más puros cánones clásicos. Sus múltiples inquietudes van desde los pintores chinos del siglo XIII a los im-

presionistas y cubistas, desde Fidias a Rembrandt y Tiziano, desde Velázquez a Murillo o Fortuny. Pero sin consentir jamás que su inspiración se desvíe influida por ellos. La prueba: los «homenajes» que les dedica tienen un común denominador peculiar. Se trata de vaporosos bodegones con predominio del vaso o la

copa de cristal, los claveles o los geraneos y apenas descubrimos al fondo o en una esquina un ligero apunte fragmentario de una obra admirada del homenajeado. Gaya no abdica de su personalidad. Es tan personal que puede afirmarse que Gaya sólo sufre la influencia del propio Gaya.

Recuerdo a Ramón Gaya allá por noviembre de 1936, cuando llegó a Valencia evacuado del Madrid lacerado y dolorido que se estaba ganando, entre bombardeos y combates cuerpo a cuerpo, el título de «capital de la gloria». Puedo evocarle en las tertulias de la Alianza de Intelectuales, a menudo silencioso y ensimismado, a veces hablando más de literatura que de pintura. Se alojaba en casa de Juan Gil-Albert y de esta convivencia surgieron las «Cartas bajo un mismo techo», cruzadas entre ambos y publicadas en «Hora de España», la prestigiosa revista cultural republicana, cuyos números ilustró con inolvidables viñetas. Son unas reflexiones lúcidas en torno al arte y el artista enfrentados a una coyuntura trágica, que todavía hoy pueden leerse con provecho.

● En las mismas páginas de «Hora de España» polemizó con Josep Renau sobre el cartelismo de guerra. Reprochaba Gaya «la superficialidad y el bajo nivel de eficacia emotiva» de la mayoría de los carteles

bélicos. Renau admitía el reproche, coincidiendo en que «no responden, ni mucho menos, a la intensidad del momento que vivimos». Sin embargo, discrepaba de las conclusiones de Gaya. Para éste, si los fotomontajes bien utilizados podían servir para la propaganda republicana en el extranjero «porque allí lo que necesitamos llevar son pruebas, testimonios; allí lo que se necesita es convencer», de fronteras adentro el cartel debía lograr «expresar, decir, levantar, encender aquello que habita ya de antemano en las gentes». Esto, según Gaya, sólo podía conseguirlo «el arte libre, auténtico y espontáneo, sin trabas ni exigencias, sin preocupación de resultar práctico y eficaz». Postulado impugnado por Renau, pues podía inducir a los cartelistas «a un confusiónismo peligroso». Enfocando la cuestión desde ángulo distinto, Renau recordaba «la función social» del arte. Para Gaya muchos carteles eran «puros anuncios», cuando «un batallón no puede anunciarse; la guerra no es una marca de automóvil». Se mostraba conforme Renau. Ya no se trataba «de anunciar un específico ni un licor». Pero refutaba la tesis de Gaya, cuyo error o contradicción residía, según él, en confundir «la función específica del artista libre y del cartelista». Este se había encontrado súbitamente «con la

(Pasa a la cuarta)

«La guerra no es...»

(Viene de la tercera)

complejidad gigantesca de la inesperada situación que le plantea la guerra» y, mediatizaba momentáneamente su sensibilidad, se veía obligado «a integrar la nueva emoción de su arte a través de un proceso lento, incrustado en la febril actividad inmediata, sin pararse a renovar sus procedimientos y recursos de expresión, sobre la marcha de una situación que le llama insistentemente, que necesita todas sus horas». Pero la renovación del cartel no vendrá por el camino del «arte libre» propugnado por Gaya, sino «de los valores de la técnica», a los que no podía negarse «categoría humana».

● No extraeré más esta polémica sin conciliación posible puesto que se enfrentaban dos criterios opuestos, el esteticista y el socialista. Sólo diré que en ella se descubrió un Ramón Gaya teorizante del arte. Y es que hay una faceta de la personalidad de Gaya injustamente olvidada. Su faceta de escritor. Como ha señalado Gil-Albert, en Gaya «es la pintura la que incita su pensamiento», la que provoca «su vocación pensante». Hay dos libros suyos («Sentimiento de la pintura», 1960; y «Velázquez, pájaro solitario», 1969) capitales para entenderle como hombre y como pintor. En ambos nos descubre que el fin último del pintor no es acertar a plasmar volúmenes y colores, sombras y reflejos. Que eso es sólo «el arte» y que si no pasa de ahí, si se contenta con materializar las apariencias, jamás será un verdadero creador. Pretende Gil-Albert que Gaya, en esos libros, desarrolla una metafísica de la pintura. No va desacertado. El propio Ramón Gaya, en otra vertiente suya aún más ignorada, la de poeta, lo ha expresado con versos del mejor cuño: «Pintar es tantear —atardeciendo— / la orilla de un abismo con tu mano, / temerario adentrarse en lo lejano, / temerario tocar la que va siendo.» o, dicho de otro modo: «Lo pintado no es nada: es una cita / —sin nosotros, sin lienzo, sin pintura— / entre un algo escondido y lo aparente.» Ese misterio único que el creador desvela estará expuesto en Valencia hasta el 13 de marzo por iniciativa de la conselleria de Cultura de la Generalidad. Es un acontecimiento que sobrepasa los límites estrictos de la ciudad en que se produce, irradiándose a España entera.

RICARDO BLASCO

En la muerte de Fernando Dicenta

Versos a media

Las hojas de los amigos nos dan sombra. A uno se le van cayendo las hojas de los amigos. Nos vamos quedando sin sombra, desnudos y a la intemperie. Nos amputan los miembros de la amistad. Y nos quedamos sin tener con qué llevarnos el pan a la boca, sin un brazo que asalte nuestros hombros. Nuestros amigos ya van siendo nuestras condecoraciones. Por unos méritos que han hecho ellos.

Con la ida de Fernando Dicenta (no creo en la muerte de los hombres buenos; ni siquiera en la de los malos), con la separación provisional de Fernando hasta nuestra cita allí, a «Versos a medianoche» se abre otra brecha y ya hacen agua de babor a estribor. Y vamos quedando pocos para achicar esa inundación de lágrimas, esa invasión de ausencias.

A ver con quién hablo ahora de aquella tarde, en el café Varela, cuando aquella espléndida muchacha santanderina, a la cual tanto Fernando como yo no dudábamos haber conquistado con nuestros ingredientes masculinos, sazoados mediante unas dosis de versos; muchacha que, después de haberse bebido nuestros dos o tres únicos duros, acabó confesándonos (debíamos tener más pinta de curas progres que de descendientes de don Juan para que aquella muchacha concluyera confesándonos) que venía en

busca de un su amante, poeta, huído de sus amorosos brazos apenas ella le noticiara el venturoso suceso de su próxima paternidad.

A ver con quién, ahora, pongo en pie aquella tarde y la revivo.

Yo no sé si Manolo el Pollero tomó el nombre de su libro «Silva, grillera y cigarral» de alguna de aquellas sesiones nocturnas, viernes y versivas, del café Varela, en que los gatos alternaban con los poetas, los poetas alternaban con el vino de Valdepeñas, que a veces se subía a la cabeza, y con aquellas mujeres partidarias de la poesía, cuyos muchos grados de sensibilidad se nos subieron con frecuencia al corazón.

Aquellos versos a medianoche tenían sin duda de Silva el hecho de que en aquel tablado, manantial de poesía a la luz indecisa del quinqué, una luz sedosa, meigosa, voluptuosa, manaban versos de todos los acentos de política, de todos los géneros de sexo, de

todas las medidas de edad: de rojos y azules, hombres y mujeres, novicios y abades de la poesía.

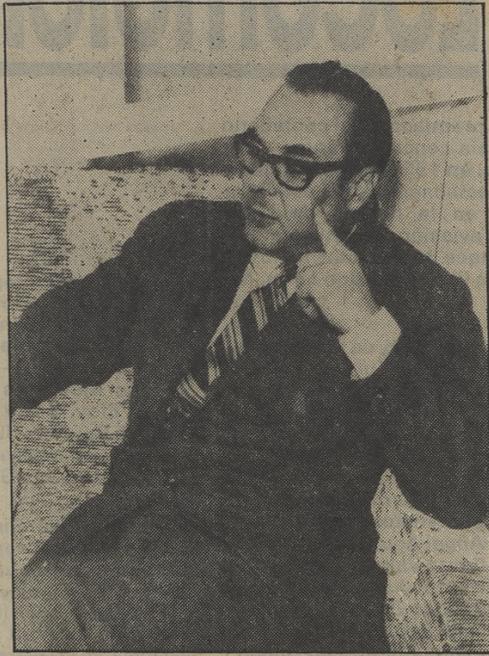
De Grillera basta decir que cantábamos a medianoche y muchos nos manteníamos con poco más que lechuga.

De Cigarral, que cantábamos versos sin más interés que cantar y regalábamos nuestros cantares.

Hay un ancho y hermoso long play, grabado en la materia de seda misteriosa de la medianoche de los años cincuenta, que nosotros repartimos gratis.

Teníamos el cuartel general en el café Varela, Preclados semiesquina a San-

to Domingo. Fernando, que acababa de sentar plaza, a la vez, en no sé cuál regimiento y en la tropa de la poesía, llegaba al café vestido de soldado, a la anochecida, momento en que solíamos advertirle que a la hora de retreta debía estar en el otro cuartel, pues la retreta es cosa de la infantería y no de la poesía. A lo que, indefectiblemente, nos replicaba que «donde hay verso bueno no manda capitán». Y lo decía con una firmeza impropia de su cándida cara de niña barbilampiña de militar bisoño, como de chico jugando a soldado, con una voz madura,



gloria

grave, rotunda, segura, de ciencia antigua, de metal de vena sabia hondamente sedimentada.

Eso de Fernando, que siempre me admiró: que era el más joven, dos o tres años menor que Alcántara y Azcona, seis o siete más muchacho que yo, y con una voz poética granada, madura, cuyo emocionante profundo sabor contrastaba con la insipidez o el desabrimiento de nuestros versos en agraz, con el verdor de lo pueril y lo inmaduro.

El mármol de las mesas del Varela se ha quedado más frío. Hoy marca un Fernando bajo cero. El mármol de las mesas del Varela va siendo cada vez más panteón.

El piano de «Versos a medianoche» ya no envidia aquella voz que envidiaba.

Los espejos del café Varela, que quisieron ser lunas, femeninas, para que Fernando fuera el niño de sus ojos, en cuanto supieron por la radio que te nos habías ido, huyeron del rincón del anticuario o del chamarilero en que envejecían y criaban cataratas, y se marcharon a esperarte allá.

De qué calibre no sería la sorpresa de las lunas del café Varela que fueron a esperarte, de qué tamaño no sería su asombro cuando, en aquella estación-término, se encontraron a un grupo de conocidos que esperaban tu alto advenimiento. Allí estaban los poetas fundadores de «Versos a media gloria»: Eduardo Alonso, Ortiz Cabañero, Povedano, Linares Rivas, Manolo el Pollero, Poti, María Dolores de Pablos, Francisco Sánchez Bote, los doctores San Antonio y García Muñoz, Guillermo Osorio, y comparecían el gato y el espíritu disparatado, burlón, tierno, nocheriego, mujeriego, hombre-riego, ingenuo, generoso, ancho de pecho y de miras, fraternal, esperpéntico, inteligente, hambriento de pan, harto de bondad: el espíritu de «Versos a medianoche».

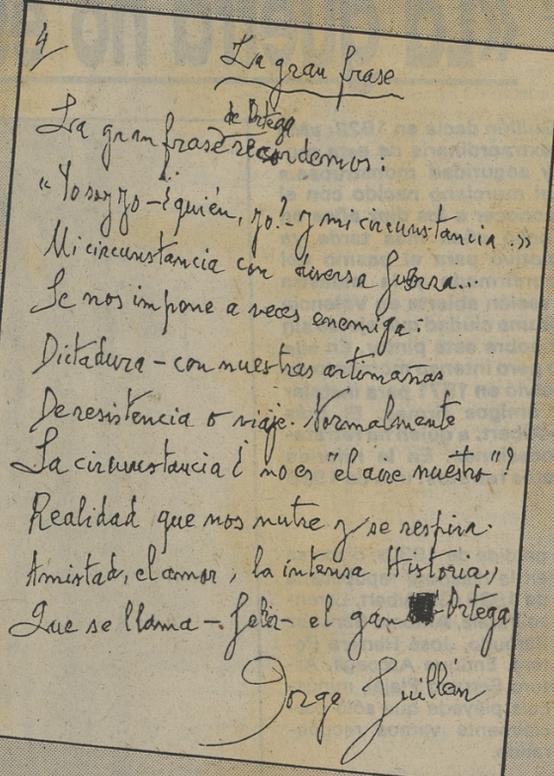
No estás solo allá, Fernando, te has reencontrado con tu juventud, casi con tu adolescencia, con tus camaradas de aquel benigno, venturoso clima de veintitantos amigos a la sombra de la medianoche. Y tal vez ahora veas el mundo a la luz de la lámpara maravillosa del quinqué del café Varela. Hazme un sitio.

MELIANO PERAILE

Un poema autógrafo de Jorge Guillén

La circunstancia como «Aire nuestro»

La frase de Ortega, «Yo soy yo y mi circunstancia», ha constituido el tema de uno de los últimos poemas de Jorge Guillén, que en este número, y como homenaje, lo recogemos, tal como él lo escribió, bajo el título de «La gran frase», manuscrito y con sus propias correcciones. Aparte de su admiración por Ortega y Gasset, viene a revelarnos el poeta su auténtico criterio sobre la realidad. La pregunta que hacíamos en la página dedicada a su desaparición, nos preguntábamos si, tal como el había escrito, el mundo está bien hecho. Me parece que ésta es una feliz respuesta, fruto de sus años de larga experiencia. E. G. R.



PUEBLO

Cada día, un suplemento



Mañana, miércoles...



TOROS

Coordinado por Manuel F. MOLES